

Qué le espera a la familia, según E. Beck-Gernsheim

Pedro Quintín Quílez*

Cada cierto tiempo aparece publicado un nuevo texto preocupado por el destino de la familia. Por lo menos desde el siglo diecinueve la institución familiar ha sido reiteradamente condenada a muerte por sus detractores o llorada anticipadamente por sus defensores. Sin embargo, no hay que olvidar que esa inquietud viene de mucho más atrás: así, por ejemplo, ya Hesíodo describía en *Los trabajos y los días* (s. VIII a.C.) la forma en que la progresiva expansión de la vida de las ciudades griegas acababa con estos lazos inmediatos que, hasta entonces, habían cobijado a las personas. Para Hesíodo, pesimista, se trataba de un cruel sino, puesto que en adelante los hombres deberían enfrentar su supervivencia en solitario.

Cerca de treinta siglos después, la socióloga alemana Elisabeth Beck-Gernsheim vuelve a la carga, en esta ocasión, como ella misma reconoce, con una perspectiva moderadamente optimista. El punto de arranque de su libro *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*¹ es la inquietud que provoca en los investigadores el que los conceptos al uso en los estudios sobre la familia parezcan ser insuficientes para describir sus nuevas formas y dinámicas. La familia presenta hoy ciertas características de las que los modelos de interpretación existentes, tanto entre los investigadores como entre la población en general, no han dado buena cuenta.

Pero, ¿cuáles son, según Beck-Gernsheim, esas características? En primer lugar, la ruptura de algunos de los principios sobre los que se afirmaba la vida familiar. Una ruptura de la que es un buen indicio el galimatías en que se ha convertido el uso, tanto en el ámbito legal como en el personal, de los apellidos –los de los esposos pero también los de los hijos–. Pero habría otras señales de esa transformación, como por ejemplo que hoy es más normal la separación que la estabilidad de las parejas casadas, lo que provoca que, dada la tendencia a la sucesión seriada de los matrimonios, surjan hogares cuya composición incluye a hijos de diferentes padres y madres y que, en consecuencia, se encuentren biografías

* Antropólogo, profesor del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigaciones sobre Migración, Urbanización e Identidades de las Poblaciones Afrocolombianas de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle.

¹ Editorial Paidós, Barcelona, 2003, 276 páginas [título original: *Was kommt nach der Familie*, 2ª ed. alemana revisada, 2000; traducción castellana de Pedro Madrigal].

personales hechas de retazos de diferentes familias. Todos estos cambios tienen un trasfondo específico: los individuos pasan a percibir su vida como un proyecto de planificación que precisa de un activo y laborioso trabajo de previsión, del que son muestra el recurso a la pareja a prueba o la planificación de la paternidad. Pero se trata de una labor de previsión que nunca logra apaciguar del todo la perplejidad y las dudas sobre el futuro de cualquier relación. Unas dudas que vienen a sumarse a las preocupaciones provocadas por los desarrollos que se dan al mismo tiempo en otros ámbitos sociales: los avances tecnológicos en los procesos de reproducción biológica y en la elaboración de diagnósticos médicos plantean a los individuos nuevas responsabilidades y, por tanto, nuevas decisiones que tomar – por ejemplo, la de qué hacer en caso de detectarse una enfermedad congénita en el feto de un hijo–; la cada vez mayor participación de las mujeres en el mercado laboral lleva a la desaparición de una parte del trabajo socialmente necesario para la reproducción de la sociedad –en especial del trabajo destinado al cuidado de los niños, los enfermos y los ancianos–, por lo que se impone la necesidad de buscar nuevos modelos organizativos para sostener las relaciones antes fundadas en la solidaridad –ya sea por medio de una mayor participación de los hombres o bien de una mayor ingerencia de las instituciones públicas en el seno de la vida familiar–; o que, por recordar finalmente otro de los ejemplos que ofrece Beck-Gernsheim, a causa de la progresiva transnacionalización de las relaciones personales y la existencia de familias compuestas por miembros procedentes de muy distintas sociedades y culturas, la identidad personal y social de los individuos es puesta en cuestión de una manera radical.

La autora va desgranando clara y progresivamente cada uno de estos aspectos, sin eludir el señalamiento de los puntos problemáticos o, cuanto menos, provisionales de su propia interpretación –como sucede por ejemplo en el momento de discutir las visiones contrapuestas entre investigadores acerca de la estabilidad de la familia actual (pp. 37-49)–. Una muestra de sinceridad, sin duda, pero también indicio de la ambigüedad teórica que circunda al tema. Para tratar de llevarlo a terrenos más sólidos, Beck-Gernsheim ofrece a menudo evidencias empíricas apoyándose en información extraída de los medios de comunicación o del sistema judicial y de datos estadísticos sobre la situación de la familia en Alemania². Por todo ello, este libro puede ser considerado una referencia básica para quien tenga interés en aproximarse a algunas de las transformaciones más recientes de la familia alemana y para todo aquel que se preocupe por el posible destino de la institución.

Pero nos engañaríamos si creyéramos tener ante nosotros tan sólo esa descripción. Este libro es también la aplicación a una institución particular, la familia,

² Sólo excepcionalmente la autora apela a información sobre Europa occidental y Estados Unidos. Eso quiere decir que, si bien algunas de las situaciones presentadas pueden tener paralelos entre nosotros, es evidente que, por no ser una reflexión exhaustiva sobre los cambios generales de la familia, sus conclusiones no son trasladables tal cual a otras sociedades contemporáneas.

de una evaluación más general que sobre la sociedad de los países capitalistas centrales proponen en los últimos años algunos autores (como Ulrich Beck y Anthony Giddens, por citar sólo a los sociólogos más conocidos). Un diagnóstico que señala que las transformaciones de las últimas tres o cuatro décadas suponen el crecimiento y la generalización de la inseguridad entre los individuos. Mientras antes –hasta los años cincuenta en el caso de la familia– la vida de las personas se desarrollaba a partir de patrones normativos claros, cada vez más los individuos se enfrentan a la falta de direcciones preestablecidas: *tanto en la política como en el ámbito científico o en la vida cotidiana, con harta frecuencia ha dejado de estar claro quién o qué constituye la familia. Los límites se hacen borrosos, las definiciones vacilantes; crece la inseguridad* (p. 13)

Revisemos el modelo interpretativo que subyace a este planteamiento y que quizás se nos muestre más claramente si recordamos que el objetivo del libro es *ver cómo afecta el impulso de la individualización de los últimos decenios al ámbito de la familia, el matrimonio o la paternidad. En suma, se trata de comprobar cómo va surgiendo, en las actuales circunstancias de individualización, un campo de tensiones históricamente nuevo, que probablemente no hace que las relaciones sean más fáciles, pero sí más estimulantes* (pp. 24-25). En otras palabras, nos enfrentaríamos a los efectos de un particular proceso de individualización sobre la familia, es decir al surgimiento y generalización de una sociedad en la que desaparecen los postulados vinculantes, debiendo cada uno, en consecuencia, decidir por su propia cuenta y riesgo, reflexivamente y con responsabilidad, entre las múltiples opciones que se le ofrecen. En nuestro ámbito particular, dice Beck-Gernsheim, ello no implica la desaparición de la familia, sino el surgimiento de una familia –que ella denomina *familia posfamiliar– de otro tipo, mejor, la familia pactada, la familia cambiante, la familia múltiple, [... en la que] el hombre o la mujer juega, experimenta con distintas formas de relación, y esto en parte por propia voluntad, en parte de forma forzada* (p. 25).

De la adopción de esta perspectiva surge, a mi parecer, una propuesta que introduce aspectos muy problemáticos.

En primer lugar, la investigadora atribuye a los individuos un alto nivel de reflexión sobre su propia vida. Ello se observa en el tipo de dilemas que, según nuestra autora, encararían hoy las personas. Por ejemplo, ante el avance de las técnicas médicas, a las futuras madres y padres se les obliga a tomar decisiones *trágicas*: hacerse o no exámenes para detectar la predisposición de alguno de los progenitores a transmitir enfermedades a los hijos, abortar o no si el resultado de las pruebas prenatales muestra graves deficiencias en la salud del feto, etc. Se trata de decisiones que están atravesadas no sólo por miedos y angustias personales sino, también, por graves cuestionamientos morales acerca de la responsabilidad para con los hijos y con la sociedad (*responsabilidades extendidas*). Según Beck-Gernsheim, los individuos llegarían incluso hasta el extremo de hacerse preguntas del siguiente

tenor: *¿qué es la vida, cómo se mide, en caso de duda, su valor, qué necesidades y derechos prevalecen, cuáles han de ser pospuestos?* (p. 108). Sin duda habrá personas que se hagan este tipo de preguntas –la autora es una de ellas–, pero pretender que los sujetos, en general, dirimen en su vida cotidiana este tipo de asuntos puede ser, como señalara repetidamente Pierre Bourdieu, atribuir erróneamente nuestra forma particular de pensar y actuar (en tanto que investigadores sociales) a la mayor parte de los mortales.

Es más, no sólo esas preguntas acuciantes sino las formas en que las personas buscan respuestas suenan demasiado próximas a aquellas que pondría en juego quien tuviera todo el tiempo del mundo y la disposición personal para reflexionar detenidamente sobre el mejor modo de vivir en este mundo: la autora nos habla de *estrategias de autoprotección* (que llevan por ejemplo a los contratos prematrimoniales), de *estrategias de prevención* (como las que están por detrás de los matrimonios de prueba) y de *estrategias de planificación* (que subyacen a la paternidad). De esta manera, Beck-Gernsheim coloca en el centro de su análisis a un individuo que, libre de toda constricción social –es decir, sin tener patrones sociales o culturales previamente establecidos, sin antecedentes ni formas de hacer interiorizadas–, se detiene a pensar cuidadosamente antes de tomar decisión alguna; alguien que, en caso de que las dudas persistan, tiene la posibilidad de solicitar ayuda a alguno de los muchos expertos que proliferan por doquier.

Hay que destacar, en este mismo sentido, que incluso la forma de argumentar y presentar las pruebas empíricas ha sido ajustada a este modelo interpretativo. En el texto se apela a dos tipos de datos: estadísticas sociodemográficas y casos específicos. Los cuadros estadísticos son siempre interpretados como resultantes de la suma de un montón de individuos que deben haber pensado, decidido y procedido de la misma manera y siempre a partir de los mismos presupuestos e inquietudes; en otras palabras, se trata de la traslación, sobre cada uno de los que responden a la encuesta, de las mismas preguntas y respuestas que se hace la socióloga.

Los casos, por su parte, tomados de diversas fuentes (noticias de prensa, películas y procesos judiciales) pueden ser caracterizados como excepcionales –como lo es el de aquel niño que, debido a la separación de los padres y a sus posteriores nuevas uniones, no tiene un apellido oficialmente reconocido en la escuela–: precisamente, es por ser raros que dan lugar al tipo de reflexiones especializadas (propias de filósofos o juristas, por ejemplo) que, sin embargo, la autora supone comunes a todos los individuos. Sin duda que estos casos extremos pueden ser motivo de preocupación ética, pero no pueden ser convertidos sin más en claves de interpretación de todas y cada una de las situaciones personales –se podría decir, en una interpretación opuesta, que es justamente su cualidad excepcional, su “anormalidad” o “anomalía”, la que los hace útiles al reflejar las deficiencias de una sociedad o los ambiguos límites normativos de su organización.

A lo anterior se debe sumar, en segundo lugar, otra limitación. Como dijimos, los datos que se ofrecen para sustentar el modelo interpretativo pertenecen a (algunos) países de Europa occidental y a Estados Unidos. En ese sentido, se desdeña todo intento comparativo, sea en términos históricos o etnológicos, y se cierra así cualquier posibilidad de contrastar las constataciones; una tarea imprescindible para poder afirmar la novedad, o siquiera la particularidad, de esta supuesta *reinvención de la familia* actual.

Veamos un ejemplo. A partir de la evidencia de las recientes innovaciones técnicas –las cuales parecen deslumbrar a nuestra autora y, en general, a buena parte de los estudiosos de la familia–, se afirma que las nuevas tecnologías reproductivas producen formas de paternidad y maternidad que no se habían dado antes en la historia de la humanidad y que *parecían completamente inimaginables*. Ella da el ejemplo de la distinción entre la *paternidad o maternidad biológica y social* (p. 16). Si bien es cierto que en casi todo Occidente primó, sobre todo desde el siglo XIX, la relación biológica –el modelo genealógico– como referente básico de la relación de parentesco, también en su seno han existido momentos dominados por las formas *sociales* del parentesco³, como es el caso de la Roma antigua (donde no sólo era corriente la adopción, sino que era imprescindible el reconocimiento público del hijo consanguíneo por parte del padre para ser tenido como tal) o el de la persistencia actual, en muchos de nuestros países, de diferentes formas de lo que se conoce como parentesco ficticio o ritual (tales como el padrazgo o el compadrazgo estimulados por el cristianismo desde la Edad Media).

Esta ausencia de una perspectiva comparativa sería tiene probablemente como trasfondo el propósito, implícito en el libro, de plantear una discontinuidad absoluta entre la familia del pasado y la contemporánea. De tal forma que, viéndose forzada a admitir la relativa variedad de formas familiares existentes en el pasado –y, con ello, el gran parecido de algunas de ellas con las actuales–, Beck-Gernsheim llega a decir que esa diferencia radica en que aquellas eran el resultado del azar socio-demográfico (así, por ejemplo, los matrimonios sucesivos de épocas previas tenían como causa la muerte del cónyuge y no una separación voluntaria), mientras que la variedad de hoy resultaría del deseo explícito de los individuos. Aparte de hacer caso omiso de las muchas continuidades descritas por algunos historiadores (para el caso de la familia inglesa, cf., por ejemplo, a Alan Macfarlane, *La cultura del capitalismo*, 1993), infortunadamente Beck-Gernsheim toma un camino de investigación engañoso –por no decir incoherente– al reducir sin más la diversidad del pasado a la imposibilidad práctica de cumplir la norma y la diversidad del presente a la inexistencia de normas.

Si a eso lleva el desconocimiento de las formas que reviste la institución familiar en otras épocas, no menos problemática es la ignorancia de lo que le sucede

³ No es ahora el momento de entrar en el debate sobre el carácter social de la definición de la familia por la vía de la sangre.

actualmente en otras sociedades. En otros países se detectan procesos similares de transformación de la familia que no siempre estarían asociados a las dinámicas de *democratización* que la autora cree reconocer en las nuevas relaciones familiares alemanas⁴. Por poner sólo un ejemplo, las uniones sucesivas experimentadas por las mujeres de los sectores más pobres de Colombia difícilmente encajan en su simple interpretación como resultado de elecciones reflexivas por parte de las mujeres.

Para terminar, hay que recordar que la familia ha sido usualmente percibida como un objeto de estudio excepcional en tanto permite detectar cambios más generales de la sociedad: por el lugar privilegiado que ocupa en la socialización de los individuos, los grupos humanos han depositado en ella el cuidado de su continuidad. En este sentido, el libro de Beck-Gernsheim apunta a un ámbito fundamental que la investigación social no debe olvidar: el de cómo las modificaciones de la familia acompañan (y en ocasiones estimulan) las transformaciones de la sociedad en general. Planteamiento que, no obstante, debe ser tomado con precaución, puesto que no todos los cambios en la familia pueden ser interpretados como señales inequívocas de cambios sociales de fondo: por poner un ejemplo, ¿acaso es cierto que, como postula Beck-Gernsheim, el deseo de conservar el nombre de soltera implica siempre una modificación en la valoración de las relaciones entre los sexos?

Dicho de otra manera, todo cambio en la familia deberá ser cuidadosamente investigado vinculándolo con aquellos que se producen en otros ámbitos y relaciones sociales. Y ello, sin importar que nuestro incentivo para estudiar la familia nazca de un pesimismo cercano al de Hesíodo o de un optimismo al estilo de Elisabeth Beck-Gernsheim.

⁴ Aunque la palabra 'democratización' aparece repetidamente en el libro, es difícil establecer con claridad a qué se alude, pues el panorama general que finalmente se ofrece al lector parece ser básicamente el de la generalización de las inseguridades y las dudas individuales.